



Un inmenso José María Pou, anoche, en el papel del capitán Ahab. :: FOTOS: JOAQUÍN PAÑEDA

## Pou alcanza la gloria escénica

El actor se dejó la piel en un Jovellanos abarrotado y recibió una calurosa ovación

El teatro gijonés fue testigo del buen hacer de un gigante de la interpretación en la adaptación de 'Moby Dick' dirigida por Andrés Lima

:: DIEGO MEDRANO

**GIJÓN.** Mucho más que la piel se dejó José María Pou en la representación de ayer de 'Moby Dick' en un Teatro Jovellanos hasta la bandera (adaptación de Juan Cavestany a partir de la obra de Melville). Gigante de la escena, amurallado en su abrigo largo y cruzado, el gesto por momentos pletórico, la arenga permanente, la cojera literaria y gótica, en un repartido breve (apenas dos actores, Jacob

Torres y Oscar Kapoya, que interpretan a varios personajes), y donde las brasas arden y brillan en el recitado literario de Pou, la música maravillosa de las palabras, esa pasión por la captura de la ballena blanca, clásico americano, que aquí no es tal, en contra de toda premisa, sino todo un montaje escénico de ondas gravitatorias expansivas en torno a Ahab y su enfermedad («Yo soy la locura enloquecida»), que lo es todo acerca de la verdad del hombre y la captura de los sueños, la lucha en su esencia primera, visceral y drástica.

La dirección de Andrés Lima es abracadabrante. La escenografía y vestuario de Beatriz San Juan, fabulosa. Iluminación y sonorización casi un ensueño, puro embeleco para los sentidos, todos viajamos en el barco de



El público llenó el Jovellanos.

Ahab bajo la galerna de nosotros mismos. Viaje a la demencia que también lo es a la pasión; tronera de una voz -la de Pou- cuyo recorrido va de la noche al despertar de todos los sentidos, conturbadora y milagrosa. Melancolía fúnebre y romántica -mucho hallazgo bajo la luz de todos los relámpagos- de un clásico cuyo terror es blanco, cuya soledad es blanca. El arpón de Ahab sujeta a la obra entera, la sombra de Moby es luna por instantes, cuando no ventisca y oleaje, imposible el descanso ante mañana magnificencia. Arde el patio de butacas en busca de la mayor cordura, mientras el aguacero no cesa. Los perfiles de marineros rugen golpeados por el arañazo del mar, y todo es leyenda negra frente a la desmesura, donde Ismael, Starbuck y otros personajes son apenas un cosquilleo en la sombra gigante de Pou/Ahab.

El espectador no parpadea, toda la obra discurre en un barco negro ballenero -de estructura simple; la representación es la barandilla del barco junto al obenque supuesto de la cofa- y unos botes lanzados al mar para acosar ballenas, pero en toda una plástica rotunda de proyecciones audiovisuales como fondo de escenario para representar oleaje, marejadas, tormentas o el descuartizamiento mismo de la ballena.

El logro mayúsculo: crear ambientes muy diferentes en la obra sin modificar el escenario. Incluso en la resolución final del texto donde la ballena blanca es lienzo blanco y palabras sentidas. Rabia, resentimiento, furia, pérdida de una piedad que lleva a la pérdida de vida y razón, palabras como brasas en el martirologio rotundo de una tripulación llevada al infierno sin la menor calma, sin un solo respiro o atisbo de paréntesis. El peligro del mal, la lejanía de mundos no conocidos desde la cercanía más rotunda, el gran relato de aventuras en un reto mítico. Todo acerca de la capacidad autodestructiva del ser humano junto a un actor inolvidable, José María Pou, en la cresta de su resplandor escénico, soberbio e inmortal, que recibió una prolongada y calurosa ovación del respetable en pie y enardecido.